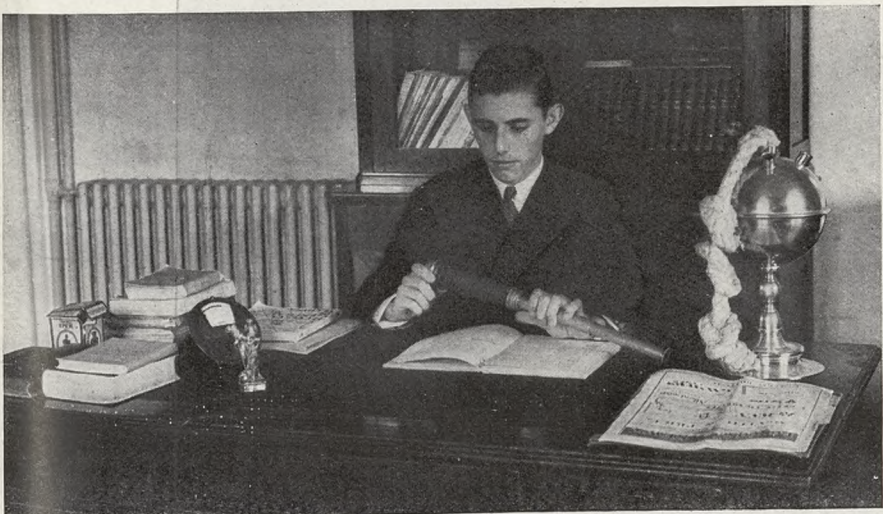


...1948



El duque de Veragua, a los dieciocho años, examina un barquito construido por él mismo.



duque de Veragua, estudiante de Náutica



En su casa madrileña, los duques de Veragua, con el Ministro de Educación Nacional español, Sr. Ibáñez Martín; el embajador de Santo Domingo y señora de Morell.

EN CASA DE CRISTÓBAL COLÓN...

FUNDAMENTALMENTE, la vida es esto que se llama continuidad. Y se comprueba hoy, en vísperas de un doce de octubre, Fiesta de la Raza y Día de la Hispanidad —nos parece más acertada la segunda nomenclatura que patrocinó monseñor Vizcarra y que tanto dió que pensar y escribir a Ramiro de Maeztu—.

Esta continuidad se hace presente hoy en una noble casa madrileña, en la documentación de un alférez de fragata, que se llama Cristóbal Colón de Carvajal y Maroto, en esa línea de la Guía de la Nobleza que dice duque de Veragua...

Queremos sorprender en su hogar esta línea de raza hispánica y americanismo, el actual duque de Veragua siente apasionada curiosidad por la América hispana, que, espiritualmente, es algo muy suyo. El descendiente en línea directa de Cristóbal Colón está en la mar, tras sus quince días de permiso, ya cumplidos, siguiendo su disciplina de marino. Pero en casa está la madre. Las madres viven día a día la vida de los hijos y lo guardan emotivamente. Cuando el hijo es hombre ya maduro descubre un día que dentro del alma de la madre viven los recuerdos completos, la más reciente historia del niño y del joven que fué.

La juvenil biografía del Almirante de las Indias, Adelantado de Castilla, duque de Veragua, duque de la Vega, marqués de Jamaica y de Aguilafuente, se funde, sin querer, con la historia de España. La fusión comienza ya en el "hall" de la casa. Entre los muebles bellos, de noble línea, los cuadros con firmas de Goya, de Jordaens o de Murillo, entre chucherías de porcelana, la vista se va a un gran biombo en que en sinople, azar, gules y oro, bajo corona ducal, vemos junto al escudo del primer Almirante de las Indias —anclas y ondas de azar del mar— el de los reinos de Castilla y León, con este viejo mote rezan en torno a él: A CASTILLA Y A LEÓN, NUEVO MUNDO DIÓ COLÓN. Este escudo tienen derecho a usarlo los descendientes del Almirante español.

DUQUESAS DE VERAGUA.

El salón está vacío. Pero en los breves minutos de espera se encarga de presidirlo una duquesa de Veragua. Dama rubia, de rostro alargado, facciones finas, y claros ojos de mirar lejano. Descendiente directa del Almirante pese al peinado a lo garçon y las gasas en que se envuelve su figura esbelta y carnosa, muy al gusto de la época, hay en toda la línea del rostro de la dama un aire enérgico, casi varonil. Rostro italiano, sí, pero más por las facciones que por el color. Un perfil del mismo aire, fino, pero enérgico y aguileño, que asoma el Dante en los frescos de Pistoia. Una italiana no de Rafael, sino de los graves mármoles en que se retrató a la marquesa de Pescara, Victoria Colonna. Suavizada, eso sí, por la delicadeza cortesana del siglo XVIII. Y si no es por el pincel de Goya, parece —por la manera prodigiosa con que están tratadas las gasas y la puntual aunque melancólica viveza de los ojos— se deberá a alguien que rondó mucho su taller. La raza del navegante vive prendida en el cuadro.

La actual duquesa de Veragua sorprende nuestro examen.

—Es una duquesa de Veragua del siglo XVIII... Descendiente en línea directa del Almirante.



Cristóbal Colón dando el brazo a su madre.

al horizonte, como es costumbre de los demás faros. Quienes vengan hacia la República Dominicana será en lo alto, hacia las estrellas, iluminando la Vía Láctea, donde percibirán el claror del monumento conmemorativo a la gloria colombina y española.

LAS RAZONES DE LA CONSTRUCCION

El arquitecto Joseph L. Gleave ha dado una exacta explicación de su proyecto. Es verdad que las palabras del historiador dominicano Delmonte y Tejada significaban la construcción elevada y vertical propia de los faros antiguos; pero el prestigioso hombre de letras hubiese advertido con facilidad que precisamente la altura motivó el derrumbe de la colosal estatua a raíz de un terremoto.

Y la República Dominicana, centro geográfico del Caribe, es también una zona sísmica de relativa intensidad, a cuya peculiar naturaleza se adaptan mejor que las estilizadas agujas góticas las macizas reciedumbres de las construcciones mayas. En nuestra misma Catedral, tan hermosa y plateresca, falta esa estilización, con la cual no hubiese alcanzado a resistir, ya a través de tantos siglos, temblores y huracanes.

Por lo demás, mejor que yo, de la belleza de la construcción y de cómo la elegancia puede armonizarse con una idea practicista y de perdurabilidad, hablarán claro las fotografías que ilustran el reportaje.

SIMBOLISMO RELIGIOSO

¿Quién ignora que una de las razones más cordiales e íntimas del Descubrimiento fué la propagación de la fe por los españoles? Yo bien sé que todos nosotros fuimos siempre pecadores y que, en ocasiones, llevamos la carne muy a flor de piel. Pero ello no importa. Doquiera llegamos plantamos la cruz. Los más fieros de los conquistadores, sobre el suelo, o con su sangre, la dibujaban para besarla y morir. El P. Las Casas, y forzoso es citarle tratándose de esta isla, dejó dicho de nosotros: *Y en todas aquellas islas y lugares donde desembarcaron se establecieron y dejaron allí una cruz.*

Un monumento que glorificase a Colón y que glorificase también la obra civilizadora de España en América no podía sino estar concebido alrededor de la simbólica cruz, nuestro signo bélicorreligioso. Que la cruz de la espada tiene mucho de cruz de martirio. Si frente a la cruz de madera—según Jorge Manrique—pueden ganar el cielo con oraciones y lloros los buenos religiosos, a los caballeros no les queda otra alternativa que sufrir con buen temple las privaciones de la guerra...

Así lo entendió el propio presidente Trujillo, y éstas son palabras suyas:
Ningún símbolo podría expresar con más sentimiento humano y con mayor significación histórica la solidaridad espiritual de las Repúblicas del Nuevo Mundo que este faro monumental en forma de cruz.

COLOFON

Ya solamente me queda volver al principio de mi reportaje. Fué significativo que, precisamente, el "Día de las Américas" fuese el elegido en el pasado abril para la inauguración de las obras del Faro a Colón. Y el elegido también para que por primera vez se emplease la energía atómica aplicándola a usos civiles. A una distancia de seiscientos metros volados treinta cartuchos de dinamita por el profesor Cobas, que utilizó una sustancia radiactiva de composición secreta.

Después, el pueblo dominicano, todavía con el regusto de las incidencias de la madrugadora explosión atómica en los labios, contempló la bella exposición de cuadros y maquetas del Faro. Su éxito fué resonantísimo. Esta joven nación vive pendiente de ese glorioso monumento que la honrará y del que, en áurea frase, se dijo—y termino—que servirá de sepulcro a las cenizas del Gran Almirante y de perenne recordación a su inmarcesible gloria.

J O S E M A R I A G A R C I A R O D R I G U E Z

EL MUSEO DE AMERICA

(VIENE DE LA PÁGINA 34)

sobre cuyos cimientos se levantara el prometedor futuro que quedó en líneas anteriores.

He aquí una relación de estas adquisiciones: el célebre códice azteca postcortesiano, antes desconocido, y del cual dió cuenta el año pasado en París el profesor Tudela, con ocasión del XXVIII Congreso Internacional de Americanistas; dos preciosos biombo mejicanos coloniales comprados en Sevilla; una colección de trescientas piezas de arqueología ecuatoriana; varias obras de Cabrera, el mejor pintor mexicano del siglo XVIII; unos cuadros de plumería; una arqueta de concha con guarniciones y otra de cuero acuchillado, mejicanas las dos; un gran tapiz peruano colonial; sahumerios, mates, hierbas y otros objetos de platería sudamericana. Y muy recientemente, un cuadro de seis metros por dos, del pintor Pérez Olgüía, con más de cien figuras, que representa la entrada de un virrey en Potosí, aquel nombre mágico de la quimera argentífera que despertó tantos sueños y leyendas.

En cuanto a las adquisiciones en América, se han pospuesto, por ahora, a la labor de localización, recogida y estudio de los objetos que existen en España. Y cuando esté terminado el nuevo Museo y su capacidad permita acoger dignamente lo demás, se requerirá a las Repúblicas americanas para que hagan sus envíos, a cambio de otras cosas que a ellas interesen y que España pueda entregar.

Por eso el profesor Tudela quiere hacer un llamamiento, por medio de MVNDO HISPANICO, a todos cuantos en España y América—entidades científicas y culturales, especialistas y particulares—, quieran prestar apoyo y colaboración, sumándose a los ofrecimientos existentes ya, para formar el gran Museo que camina rápidamente hacia la mayoría de edad.

DE LO PINTADO A LO VIVO

El dibujo de los arquitectos españoles Feduchi y Moya va convirtiéndose en algo más que acuarela y litografía. Las líneas arquitectónicas pasan del pincel a lo real, de lo pintado a lo vivo. El nuevo Museo de América avanza verticalmente hacia el cielo azul de Castilla. Por encima de los árboles y el paisaje de la Ciudad Universitaria de Madrid—ahora escapados del dibujo para ofrecérsenos con toda realidad vegetal—, despuntan ya los primeros metros de mampostería. La obra se abre paso entre los demás edificios docentes que se extienden Moncloa abajo y pronto reclamará atención especial, solemnidades inaugurales y oleadas de visitantes.

Cuando se coloque la bandera nacional en la última azotea, el Museo quedará instalado en un espléndido palacio, que será el más expresivo monumento levantado a la gran América y a la vieja España. La España soñadora y aventurera que, al cabo de los siglos, vuelve sus ojos actuales hacia las tierras donde dejó su sangre y la semilla de una nueva civilización. Y a través de los meridianos vendrán a darse cita en unas vitrinas todos los pueblos que a un lado y a otro del Atlántico supieron borrar las distancias del "mar tenebroso" con un abrazo eterno. Tan eterno como el idioma que hablan y la savia biológica y espiritual que se entrecruzó en sus venas.

(VIENE DE LA PAGINA 27.)

Se ha colocado, sin darse cuenta, junto al cuadro. Más bien alta, de encarnación un poco rubesiana, rubia de piel y pelo, los ojos de un verde seco y claro, esta duquesa de Veragua no se parece en nada a la otra, por su gesto infantil en las facciones menudas y en la nariz casi respingona. Aclara nuestra sorpresa:

—Yo no me puedo parecer. Yo no soy Colón. Me llamo Eulalia Maroto de Hernán Pérez del Pulgar. De la casa del Gran Capitán...

Entra en el más puro terreno de la lógica que una descendiente del Gran Capitán se case con un descendiente del Descubridor. Pero quien se parece de manera extraordinaria, todo lo que se puede parecer un joven de 1948 a una dama, ya en vislumbres del otoño, del siglo XVIII, a la Duquesa del cuadro, es el hijo de Eulalia Maroto y Hernán Pérez del Pulgar. La nariz y el corte de cara, sobre todo, hablan más que cualquier árbol genealógico.

UN POCO DE GENEALOGIA MUY ACTUAL

—¿Descendiente en línea directa el actual duque de Veragua de Cristóbal Colón?

—Sí.

—Pero él era sólo sobrino del anterior duque de Veragua. Y ustedes tuvieron que pedir al Ministerio de Justicia que les concediera el cambio de apellido. Su hijo se llamaba Cristóbal Carvajal Maroto... y no Cristóbal Colón. ¿No es así?

—Exacto. Pero desciende en línea directa de la casa del Almirante. Le explicaré. El viejo duque de Veragua, el de las patillas...

En esto de las patillas la Duquesa hace una pausa. No necesitamos la aclaración. Vemos al viejo duque de Veragua, con su rostro aguileño, muy parecido al de la dama del cuadro, anclado en el XIX, con sus patillas características, de la época, acaso un poco exageradas...

—El viejo duque de Veragua, Cristóbal Colón y de la Cerda, era abuelo de mi marido. Y tuvo dos hijos: Cristóbal y Pilar. Al varón, Cristóbal Colón y Aguilera, correspondió, como era lógico, el ducado de Veragua, con todos los títulos anexos. Era soltero y fué asesinado durante nuestra guerra. La hija, Pilar Colón y Aguilera, se había casado con Manuel de Carvajal y Hurtado de Mendoza, marqués de Aguilañete, de la casa de los duques de Abrantes. Fruto de este matrimonio, junto con ocho hijas más, fué mi marido...

—¿Que se llamaba?

—Ramón Carvajal y Colón. Como es lógico, llevaba el apellido de su padre primero. Pero al morir mi marido y el anterior duque de Veragua, quedaba como descendiente directo mi hijo, Cristóbal Carvajal Maroto y Colón, bisnieto del viejo duque de Veragua. Hubo que pedir permiso en el Ministerio para que antepusiera el apellido de la abuela paterna, Pilar Colón y Aguilera, al del abuelo paterno, Manuel de Carvajal...

—¿Es la primera vez que sucedió un caso así en la casa de los duques de Veragua?

—Si no exacto, muy semejante. Hará ya siglos que una duquesa de Veragua se casó con un Larreátegui. Y los descendientes se llamaron, no obstante, Colón y Larreátegui...

UN POSIBLE ALMIRANTE DE HECHO

—Comprendemos; aquí el ducado llegó algo por línea femenina... Pero díganos una cosa... ¿Qué tal cree usted, no como madre, sino como aristócrata, con todo eso de "noblesza obliga", que le va a su hijo el ducado de Veragua? Le pertenece por derecho propio... Pero, ¿cómo le va?

La Duquesa sonríe, como si no considerara impertinente nuestra pregunta:

—Puedo decirle una cosa. Excepto el Almirante, mi hijo es el único Cristóbal Colón que es marino de verdad. Su bisabuelo fué ministro de Marina; pero el único marino de la familia es el actual duque de Veragua. Cuando solicitó el ingreso en la Escuela Naval de Marín, el Generalísimo le concedió una plaza de gracia...

—¿Qué es eso de una plaza de gracia?

—Poder ingresar por concesión especial, por gracia se dice, sin necesidad de examen... Pero mi hijo, agradeciendo la cortesía, no quiso aceptar. Cierzo que él, como descendiente del Almirante, tiene todos los derechos. Pero prefirió entrar de verdad, como decía él, como un alumno más...

—Vamos, por justicia. ¿Ingresó en la primera convocatoria? Los exámenes son fuertes...

—En la primera, a los diecisiete años. El adora su carrera. Primero comensó—de niño—la pasión por el mar, la natación y el balandro. Luego él mismo comensó a construir en casa barquitos; es un consumado artífice. Después vino el ingreso en la Escuela Naval, la afición por la náutica...

—Y usted..., un hijo que pierde...

—Se pasó todo el año fuera de casa. Primero, en la Escuela, cuando guardia marina; ahora, que es ya alférez de fragata, siempre en el barco... ¡Tienen tan pocas vacaciones!... Luego, la novia... Es lógico que esté con ella.

Hay un tono de comprensión infinita, maternal y resignada en esta última frase de la duquesa de Veragua.

—Bien. En cuanto al Almirantazgo, vemos que, si prosigue en su carrera, es posible que, al correr de los años, el Almirante efectivo y no simplemente honorario de nuestra flota se vuelva a llamar Cristóbal Colón. Pero... ¿y en cuanto a América?

—No hemos ido ya allí porque mi hijo—mis hijos—tienen que terminar sus estudios. El mayor siente enorme curiosidad y simpatía por América, sobre todo por América Hispana...

Todo es verdad en estas palabras. Hace unos minutos, en estas inevitables frases de cortesía que quedan siempre al margen de la entrevista, Eulalia Carvajal nos preguntó:

—¿Usted es española, ¿verdad?

Se repuso afirmativamente, con un poco de sorpresa.

—No le extraña la pregunta... Es que aquí han venido muchos americanos... Yo prefiero a los otros—la duquesa de Veragua llama como hispanoamericanos a los yanquis—. Chilenos, argentinos, dominicanos..., todos ellos me simpatizan más, son como españoles...

UNA CONDECORACION HISPANOAMERICANA

—El duque de Veragua—continúa—está muy orgulloso de poseer la Gran Cruz de Santo Domingo, con banda y venera. El, con el Caudillo, es el único que la posee en España...

De unos estuches en piel perfumada, con ese noble olor del cuero bueno, salen cruz, banda y venera. En la cruz, esmaltes rojos y dorados, está la efigie del Almirante. En torno al rostro, reza su nombre, seguido de esta aclaración: Ilustre y Esclarecido Varón. En banda y venera van, además, el escudo de la República de Santo Domingo, sobre el que van las tres palabras cabales: Dios, Patria, Libertad. Tiene gracia este emblema sobre el pecho de un joven aristócrata...

—En qué fecha fué concedida esta cruz?

—Fué la primera que se concedió en España. Debí de ser en junio de mil novecientos cuarenta y tres. Yo di un cocktail en honor de que mi hijo era ya guardia marina. También organicé una Exposición del archivo de la casa...

—¿Piensa publicarlo?

—En su día... Pero, como dice mi hijo, tenemos un verdadero arsenal de documentos. Entre ellos el testamento de don Diego Colón, hijo del Descubridor. La mayor parte de ellos, inéditos. En esta fecha que digo, el ministro de Santo Domingo, señor Morell, impuso la cruz a mi hijo.

Vamos viendo unas fotografías, en las que examinan los documentos colombinos, junto a un duque de Veragua, que es un crío, D. Ramón Menéndez Pidal, el novelista Manuel Halcón, José María Huarte, el marqués de Ciadoncha y el conde de Ruidoms...

—¿Ya no estará su hijo tan joven?...

—Ya tiene veintitrés años. Nació el quince de enero de mil novecientos veinticinco—y nos enseña una foto reciente, de este verano, en la que un joven delgado, moreno, que se parece un poco a Alfonso XIII, da el brazo a su madre—. Es en la boda de mi hija Eulalia con el marqués de Sierra Gullones, hijo de los duques de Nájera. Se celebró en Avila, en casa del marqués de Santo Domingo, mi hermano...

—Pero esta casa está en la misma muralla... ¡Debe de ser maravillosa!...

—Sí... Se llama San Segundo la casa... Fué una boda bonita... Los padrinos fueron, representados por el duque de Nájera y por mí, los condes de Barcelona...

LA VIDA DE UN CRISTOBAL COLON DE 1948

—Bueno; hasta ahora usted nos ha dicho bastante historia... Queremos saber algo de la biografía actual del Cristóbal Colón de hoy. Aunque, puesto que tiene novia y está sometido a la disciplina de Marina, será muy breve en un chico de veintitrés años...

La madre va hablando y surge un duque de Veragua, de un metro setenta de alto, esbelto, moreno, de ojos verdosos, y de vida sana e infantil. En sus temporadas madrileñas duerme bastante, come más, sale con la novia. Baila muy bien—adora el vals—y gusta de la música clásica. Mo-

zart, sobre todo. Buen balandrista, adora los deportes marinos, y sus pasiones, aparte del mar, sentidas desde muy niño, son la equitación y la caza. Es gran tirador.

Dibuja de afición, con bastante destreza. Gusta de pasar apuntes de animales, perros, caballos. Fuma mucho, cuatro cajetillas al día, y aún tiene el gusto por las golosinas de la infancia. Es de carácter tímido y sencillo, pero muy risueño. Muy ordenado, durante su ausencia cierra a piedra y lodo sus libros, sus cosas, para que no anden en ellas los hermanos. Uno de veintinueve estudia para ingeniero naval.

Interrumpe la conversación el Colón más pequeño. Un niño de once años, precioso, que acaba de andar con un bote de cola y que nos mira alegre con los claros verdeazulados ojos que debió mirar el Descubridor. Y, para terminar, hacemos una última pregunta a la madre:

—¿Qué lee su hijo?

—Muchas novelas de aventuras. Hasta les quita el "Coyote" a sus hermanos. Y policíacas. También todo lo escrito sobre Colón. Conoce todas las biografías que hay del Almirante...

—También esas son novelas de aventuras..., sólo que verdaderas.

E U G E N I A S E R R A N O

COMO NACE CASTILLA

(VIENE DE LA PÁGINA 50)

EXPANSION

Llega al fin la separación, encaminada a una unidad más alta, porque, es cierto, Castilla es separatista, porque se siente el núcleo de la gran unificación. Superando el propio particularismo, que sólo en apariencia tenía los rasgos de un egoísmo feudal, Castilla asegura su libertad de movimiento en vista de un orden superior y con el presentimiento de una misión colosal que cumplir. Bien pronto se convierte en centro propulsor de actividad, en organizadora de empresas gigantescas, en las cuales interesará a los demás pueblos peninsulares. En el siglo IX, la ocupación lenta del solar, primero; en el siglo X, la conciencia de sí misma con el reconocimiento de su personalidad; en el siglo XI, la hegemonía en la dirección de la vida hispánica. Ya está formada y enraizada en la tierra originaria; ya se ha llenado de savia vital, que le va a permitir un crecimiento prodigioso; ya lleva dentro una fuerza expansiva, que la va a convertir en un espíritu que se mueve, y camina y avanza con empuje arrollador. De un salto hasta el Tajo. Caen Toledo y Valencia, y la figura del Cid se levanta triunfal en la llanura, como símbolo de aquella vitalidad:

*Por necesidad batallo,
y cuando monto en la silla,
se va ensanchando Castilla
al paso de mi caballo.*

Castilla no es una región, es una fuerza que anda. En el siglo XIII, Sevilla y Córdoba. Vuelven a la basílica de Santiago las campanas que Almanzor había llevado a la gran mezquita de su capital. En el siglo XIV, Tarifa y Algeciras. El desierto africano, tornado de invasiones y tormentas de fanatismo; pero nada puede detener la marcha hacia el sur. En el siglo XV, Granada, Italia, Europa. El mundo es pequeño para la fe de aquellos hombres, y estrecho para la fuerza cósmica que los empuja. Mirados frente al mar tenebroso, con su vigor intacto, con la vitalidad ardiente de la primera hora. Por vez primera surcan sus aguas las tres carabelas augurales, la magna trinidad de la aventura. Va a comenzar la inmensa epopeya, la manifestación insospechada y fulgurante:

*del alma de la estirpe, el alma hispana
tozuda, indeclinable,
inflamada de fe, la fe en sí misma
abroquelada de sus ideales,
confiada en sus vehemencias,
segura de alcanzar lo inalcanzable.*

Así canta uno de los grandes poetas americanos, recientemente fallecido, evocando aquellas jornadas sin reposo y sin camino, aquellas odiseas interminables, aquellas peripecias fabulosas, aquellos héroes temerarios, caballeros del ideal, catapultas del carácter:

*hombres que sólo anhelan,
partir, partir, partir sin equipaje,
y no saben a dónde ni hasta cuándo,
y no saben si para siempre;
darse del todo, en alma y cuerpo,
a lo que no se sabe.*

El descubrimiento, la exploración, la conquista, la colonización de un mundo. La alcaldía de la primera hora es ya un imperio en el que no se pone el sol. La lengua vibrante y luminosa del Arlanza resuena sobre los picos de los Andes y las aguas del Amazonas, enriquecida con sonoridades inéditas y resonancias nuevas. Es Castilla que sigue su avance por la selva y por la montaña, a través de la puna y de la manigua, por ríos que son como mares y por mares que habían desconocido las velas más audaces; Castilla, que en una entrega de generosidad in exhausta va a transfundir su espíritu ardiente, combativo, heroico, en docenas de pueblos destinados a un glorioso porvenir por la fidelidad a la voz ancestral, al imperativo victorioso de la herencia común, que es sangre y es alma, savia generosa de hispanidad, con las cuatro notas irrenunciables que hallamos en el comienzo de todo: la noble altivez, la libertad como condición de grandeza y ascensión, la angustia religiosa y la capacidad infinita de sacrificio.

LOS LECTORES también escriben

Invitamos cordialmente a nuestros lectores de todas las latitudes a que nos escriban comunicándonos sus opiniones y orientaciones útiles para nuestra Revista, sobre las relaciones culturales, sociales y económicas entre los 23 países a quienes va dirigido MVNDO HISPANICO o a propósito de perfiles ingeniosos o interesantes de la vida de estos pueblos.

Abrimos estas columnas para reproducir tales comunicaciones y también aquellas cartas breves, enjundiosas u ocurrentes que nos vengan por la tierra, por el mar o por el aire y que, a juicio de la Revista, merezcan ser redimidas de la oscuridad del anonimato o de la esterilidad del aislamiento.

Los autores de las cartas publicadas recibirán, gratuitamente, el ejemplar de MVNDO HISPANICO en que aparezca su comunicación y nuestro comentario.

Montevideo, 8 septiembre 1948.

Señor Director de la Revista MVNDO HISPANICO.—Madrid (España).

De mi mayor consideración y estima: Tiempo atrás, haciendo el acostumbrado recorrido entre mi hogar y la oficina donde trabajo, tuve oportunidad de ver en una librería el primer ejemplar de MVNDO HISPANICO. Inmediatamente me posesioné la imagen de mi madre, que es española, y me interesé por la Revista, para llevarla en caso de encontrarla amena. Me agradó muchísimo, y cuando, ya de retorno a mi casa, la puse en sus manos, me abrazó y me besó fuertemente, no pudiendo reprimir sus lágrimas, emocionada.

¡Qué grande fué su felicidad en aquellos minutos en que las páginas nerviosamente pasadas le iban entregando nombres, paisajes y escenas que su mente se había esforzado en retener desde el día que dejó su Patria! ¡Qué profunda satisfacción comprobar que su hijo había heredado parte de su acendrado amor al terruño de sus mayores!

Leía con avidez, como si en su mente fueran adquiriendo movimiento los cuadros inanimados del papel, como si los rostros impresos se iluminaran y cobraran expresión de vida, como si las palabras pronunciadas por sus labios en voz muy baja, religiosamente, fueran despertando resonancias lejanas, descubriendo horas vividas que se habían esfumado con brumas de muchas noches y muchos días. No ha sido ésta la única vez que mi madre se ha emocionado frente a los recuerdos de su España amada.

Por las noches, cuando la radio trae las voces y las melodías de la Madre Patria—no importa que todos se hayan retirado a descansar, no importa que sea tarde—, ella se acurruca junto al receptor y llora mansamente. Lloras sus "saudades", sus nostalgias. Es feliz porque tiene su hogar; pero lo sería más si el cielo fuera su cielo si sus manos pudieran recoger a puñados la tierra iluminada por el sol de sus primeros días.

Sin quererlo, me he alejado del motivo de esta carta. En ella quería agradecer la felicidad que

a mi madre le ha dado la lectura de MVNDO HISPANICO, felicidad que yo compré por algunas monedas, pero cuyo verdadero valor no hay dinero en el mundo capaz de igualar. Hago votos para que esta publicación encuentre en Hispanoamérica la más franca aceptación, pues su contenido, de gran valor cultural e informativo, así lo merecen.

Sin embargo, hay algo que me ha apenado, y es que mi país no esté representado en esta gran revista como lo están otros. Me queda la esperanza de que, en breve plazo, aparecerán en esa publicación artículos firmados por algún uruguayo.

Agradeciendo nuevamente el mensaje de cordialidad que significa cada ejemplar de MVNDO HISPANICO y deseando que cada vez sea más amplio su interesantísimo contenido, me declaro a sus órdenes, deseoso de colaborar en la forma que usted se sirviera indicarme, de ser ello posible, saludándole con mi mayor consideración y estima.

Su seguro servidor,

PEDRO AGUSTÍN ALVAREZ.

Pestalozzi, 3927. Montevideo.

En MVNDO HISPANICO se ha dedicado ya alguna página al Uruguay. Ultimamente, en el número 8, hemos publicado una breve y sustanciosa biografía del famoso dramaturgo Florencio Sánchez. Y en el inmediato número 10 aparecerá otro trabajo, ampliamente ilustrado, sobre dicho país.

MVNDO HISPANICO.

6 octubre 1948. Habana (Cuba).

Señor Director de la Revista MVNDO HISPANICO.

Distinguido señor: Llena de entusiasmo, me dirijo a usted para darle testimonio del gran interés que ha despertado en mí esa hermosa revista.

Desde muchos puntos de vista, nos satisface el hallazgo de una publicación del buen gusto y refinamiento de MVNDO HISPANICO, cuyas páginas, llenas de sugerencias, constituyen una promesa de orientación y encauzamiento para el pensamiento hispanoamericano.

Cuando leímos en el número correspondiente al mes de septiembre sus comentarios editoriales, que tituló "Política de ideas", tuvimos la sensación de haber hecho un importante descubrimiento, y es que MVNDO HISPANICO viene a llenar el vacío que han dejado en nosotros otras publicaciones de carácter radicalmente extraño al de nuestra sensibilidad. Tal vez durante mucho tiempo se nos ha estado haciendo creer que carecemos de cultura, cuando la realidad es que la cultura en nosotros ha tenido simplemente un carácter distinto.

Hay cosas que no alcanzan a entender las propagandas caprichosas que tanta circulación han tenido entre nosotros, y es que las sociedades crecen y se desarrollan independientemente de la voluntad del hombre, que nunca son producto exclusivo de la razón, que no son como los hombres quieren que sean, sino como ellas mismas se van tornando. Esa es la raíz de nuestros problemas: psicológica, cultural. Se nos ha querido forjar de una manera, y no podemos ser sino como somos.

Sin más, quedo de usted att. y s. s.,

MATILDE VICNAU.

